

OBRAS Y AUTORES:

Leonardo Espinoza: Hombre sin Rostro

Por HERNÁN DEL SOLAR

Escribir que no se apresura, cuenta solamente con otra novela —"Puerto Engaño"—, unos diez años anterior a ésta. Desde entonces, los que le consideramos un gran novelista aguardamos un nuevo libro. "Puerto Engaño" era obra madura y de inmediato revelaba vigor imaginativo, observación penetrante de la realidad y viva transfiguración literaria de las gentes, los hechos, los lugares de su proceso. ¿Qué lo detenía para darnos un nuevo libro? No la desidia, ciertamente. Leonardo Espinoza fue siempre un incansable trabajador. Entregado por entero al periodismo, le dio cotidianamente sus mejores fuerzas. Por fin, cansado, se vio en la obligación de jubilarse. Periodistas del pasado régimen apeleron el cargo que desempeñaba en el diario gubernamental, y no les fue difícil abieble de par en par la puerta de salida. Juhló. Mal, desde luego, como la mayoría de los periodistas; pero "El Gitano" —como se llamaba a Espinoza— no se vio la suerte en el ocio. Ideas no le faltaban ni le faltan. Ha vivido largamente. Conoce innumerables rincones de sufrimiento y de alegría, entrecruzadas tenebrosas, paisajes hermosos, hombres y mujeres de toda condición: en suma, tiene en la memoria y en la imaginación un mundo no velesco de extensiones que crecen cada día. Recurrirle es para el escritor una tarea grata. Se revive la vida y se la recrea. Como quien va de viaje, puede detenerse en cualquier punto y decirse: —Aquí me quedo. Y una vez hecha la elección resalta, entre todas, una alegría: poner vida en cada trecho del escenario novelesco. Y la vida, cuando acompaña a un buen escritor en su trabajo, sabe dar movimiento, color, sello propio a cuanto anima con su varilla mágica.

Cada escritor posee determinadas preferencias. Para unos, la vida secreta, íntima, es el tema que avasalla; para otros, la aventura prevalece, es imprescindible la agitación, el cambio de situaciones quiere ver casi incesante. ¿Qué es lo que Leonardo Espinoza prefiere para su actividad de novelista? La vida peligrosa, nos parece, esa vida que se entrega a todas las pruebas y nada teme perder metiéndose en los peores atolladeros.

El título de esta novela —"Hombres sin Rostro"— que publica Nascimento— nos adelanta sutilmente la índole del libro. Nos veremos entre personajes comunes, indistintos, enredados en una suerte parecida, esparcidos por un ámbito vital pesumbroso. Se les ve ir y venir como sombras. Cada cual tiene su quehacer —casi siempre clandestino— y son pocos los que muestran algún rasgo que les diferencie de entre el montón uniforme.

En un breve pasaje encontramos repentinamente, como proyectadas en sintéticas imágenes, la apariencia pobre y vulgar de quienes pueblan este libro y la miseria de sus viviendas. "Hombres sin rostro" —nos dice el narrador— subían por la calle Capilla. El infatigable envoltorio a la espalda, recomaban oler a algas y espesa sal marina. El crudo vocabulario del malecón les identificaba en la noche.

"El interior de algunas casas se veía al pasar; las mismas sillas, iguales mesas, un cuadro dividiendo las flores de papel de las murallas. A veces un mantel de colores gastados, como una mancha más sobre la cubierta gris de las mesas. La mirada se pegaba al pobre decorado como a un ímán".

La identificación de los hombres se marca en la rudeza de las voces y de las palabras; la triste semejanza de vida de los menos desarraigados se indica en el ambiente que les rodea al regreso del trabajo: casas inhóspitas donde de vez en cuando asoma algún detalle revelador del esfuerzo y del ansia de una vida acogedora.

El escenario de las acciones que se entrecruzan en el libro es el puerto de Valparaíso. Leonardo Espinoza lo conoce a fondo. A cada instante lo ad-vertimos en rápidos pasajes animados por la voz ronca, inmediata del mar, o su rezongo lejano. Le bastan al escritor algunas rápidas y precisas palabras para darnos la atmósfera, hacernos respirar el aire salino, y sentir los rumores característicos de los recodos portuarios. En todos estos pasajes nos topamos con esos hombres sin rostro que, entregados a todos los azares posibles, sobrevivían sus días y sus noches.

Pero hay entre esta gente anónima, de rasgos confusos, que asoma de pronto por cualquiera calle para desaparecer en seguida por algún callejón sin nombre, unos pocos personajes amarrados a un destino común: el robo, el contrabando, el peligro de quedar atrapado como rata en una malintencionada suerte. Casi todos estos hombres viven en su ley. Existen jerarquías. Los jefes mandan y exigen obediencia. Quien se aparte de las órdenes recibidas, de las misiones encomendadas puede darse por perdido. A todos no les avasalla sino una sed: la del vino, la de cochar en hora oportuna con ésta o aquella mujer vagamente deseada, la de ser dueño de la más endiablada jerga en un rato de polca, la de hallarse a disposición de una suerte que se encapricha en

desear todo lo que muy oculta-mente se le pide.

Estos hombres sin rostro no conocen la posibilidad de cambio. Uno de ellos se atreve a desafiar la prepotencia del jefe. Desde ese minuto se siente condenado y vive con un ojo en inquietud constante, como el animal en la selva. ¿Dónde caerá la mano asesina, cuándo, cómo, y qué esperanza hay de evitarla? El novelista se ocupa de tales situaciones con prolija agudeza. Ojigamos hablar a uno de los "jefes" que, entre copa y copa, sermones a un compinche infeliz que quiere liberarse.

—"Estás hablando un lenguaje que no entiendo —dijo después—. ¿Qué es bueno y qué es honrado para tí? Hace años que te ensucias con esto, y descubres de pronto que no es lo mejor. ¿Dónde quedó la mugre que acumulaste durante el tiempo que viviste de ella? Ahora te repugna y te la sacudes de encima como quien cambia de ropa. Creo que te falta un poco de decencia para ser ladrón, y casi estoy deseando que te marches. Un ladrón de camisa limpia, si que es peligroso".

Leonardo Espinoza no desenvuelve en su libro una anecdota determinada, no hay un argumento —crónológicamente seguido, no existe otro tema que el de la vida tenebrosa, callada, de los hombres que —sin rostro— son cualesquiera, plurales en el anonimato, el peligro, la traición, el desamor, el capricho. Gente de muy turbias tales, indiscutiblemente, y he aquí que el novelista, para hacerla vivir con exactitud no pone nunca entre sus labios esas palabras que casi todos los escritores jóvenes, archirealistas a su entender, se complacen en acumular página tras página. Espinoza, buen escritor, no trampa para darnos a manos llenas los bajos fondos de una gran ciudad.

Leonardo Espinoza: Hombre sin rostro [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Leonardo Espinoza: Hombre sin rostro [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile